
**DIÁLOGOS. REVISTA ELECTRÓNICA
DE HISTORIA**

Escuela de Historia. Universidad de Costa Rica



Construyendo Palacios. Historiografía y novela histórica a partir de dos representaciones literarias de una figura del socialismo argentino. Lisandro Gallucci

Comité Editorial:

Director de la Revista Dr. Juan José Marín Hernández jmarin@fcs.ucr.ac.cr

Miembros del Consejo Editorial: Dr. Ronny Viales, Dr. Guillermo Carvajal, MSc.
Francisco Enríquez, Msc. Bernal Rivas y MSc. Ana María Botey

Miembros del Consejo Asesor Internacional: Dr. José Cal Montoya, Universidad de San Carlos de Guatemala; Dr. Juan Manuel Palacio, Universidad Nacional de San Martín y Dr. Eduardo Rey, Universidad de Santiago de Compostela, España

Editor técnico

MSc. Anthony Goebel Mc Dermott goebel@racsaco.cr

Dirección web: <http://historia.fcs.ucr.ac.cr/dialogos.htm>
(páginas Page 45 de 80)

Palabras claves: Historiografía – Novela Histórica – Narrativa – Giro lingüístico – Literatura argentina.

Key words: Historiography – Historical novel – Narrative – Linguistic turn – Argentine literature.

Fecha de recepción: 4 de setiembre 2007 - Fecha de aceptación: 14 de enero 2008.

Resumen

A partir de la irrupción del giro lingüístico, la historia comenzó a ser objeto de críticas que ponían en duda su condición científica y, todavía más, su propia capacidad explicativa. La historiografía, en la perspectiva de algunos de estos críticos, no era más que un relato suficientemente documentado pero que respondía a las mismas estructuras de sentido de la literatura y de la narrativa en términos más generales. Los historiadores profesionales debieron enfrentar además el éxito de la novela histórica, que en las últimas décadas ha contado con un respaldo sistemático por parte de las firmas editoriales. Frente a este doble jaque que enfrenta la historiografía, es necesario defender el carácter científico y la capacidad explicativa de la historia. En esa dirección se inscriben las reflexiones desarrolladas en este artículo, a partir de la lectura crítica de dos ejemplos de novela histórica y de la contrastación de esa forma narrativa con la propia de la operación historiográfica.

Abstract

Since the linguistic turn burst in, history became the target of critics that put in doubt its scientific condition and, moreover, its own explanatory capacity. In the perspective of some of these critics, historiography was not more than a well documented account that responded to the same meaning structures that characterized literature and narrative in a general way. Furthermore, professional historians have to face up the success of historical novel, which received a systematic support from editorial firms. Facing historiography this double check, it is necessary to defend the scientific character and explanatory capacity of history. Reflections developed in this article direct precisely to that purpose, starting by a critical lecture of two examples of historical novel and a comparison of that narrative form with the proper of historiographical operation.

Profesor en Historia por la Universidad Nacional del Comahue (UNCo) (Argentina). Becario doctoral del Concejo Nacional de Investigaciones Científicas (CONICET). Doctorando en Ciencia Política en la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM). Miembro del Centro de Estudios de Historia Regional (CEHiR) y del Grupo de Estudios de Historia Social (GEHiSo) de la UNCo. Es profesor en el área de Historia Social de la misma universidad. Ha publicado diversos capítulos y artículos sobre sus áreas de interés: la ciudadanía política, las prácticas electorales y los estudios sobre grupos subalternos en general. Recientemente ha editado *Historia de los trabajadores en la Patagonia* (Neuquén, 2007). lisa_gallucci@yahoo.com.ar

Citado en
Dialnet - Latindex -
REDALYC-
Directorio y recolector
de recursos
digitales del
Ministerio de Cultura de España



licencia de tipo

"Reconocimiento - No comercial - Compartir igual"

“Diálogos Revista Electrónica de Historia” se publica interrumidamente desde octubre de 1999

Construyendo Palacios. Historiografía y novela histórica a partir de dos representaciones literarias de una figura del socialismo argentino*

Lisandro Gallucci**

Sin duda alguna, la colección de narraciones reunida en *Ficciones* se cuenta entre las obras más conocidas de Jorge Luis Borges. Uno de esos cuentos relataba las peripecias de dos escritores que, despertados por la curiosidad, iniciaron una investigación sobre un reino por ambos desconocido y aparentemente desvanecido en un pasado remoto. Por un tiempo, los dos escritores se dedicaron a la consulta de diversos atlas, enciclopedias y libros, sin obtener, empero, ningún resultado significativo. Sin embargo, varios años después y de una manera inesperada, uno de ellos dio con el voluminoso tomo XI de una enciclopedia que parecía estar compuesta por muchos otros más. El hallazgo permitió al escritor revelar el misterio: aquel reino fantástico jamás había existido, sino que se trató de un mundo imaginario, creado por los miembros de una sociedad secreta creada en Europa en algún momento de principios del siglo XVII y que se encontraba presente en los Estados Unidos para el siglo XIX. Orbis Tertius fue el nombre que los miembros de aquella cofradía dieron al proyecto de construir un mundo fantástico, con el propósito de demostrar que la creación no era una facultad exclusivamente divina (o que los hombres eran capaces de la divinidad de la creación). Sin embargo, los miembros de Orbis Tertius, como la propia sociedad secreta e inclusive las enciclopedias y fuentes documentales consultadas, no eran más que una invención de Borges que, junto a Adolfo Bioy Casares, eran los protagonistas de aquella pesquisa imaginaria sobre un mundo también imaginario.

Así, toda la investigación relatada en *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*, no respondía más que a su imaginación literaria, simplemente inventando las referencias bibliográficas que daban a su relato la ilusión de una erudición en verdad completamente ficticia. ¿Insinuaba acaso Borges con su relato una crítica a ciertas ramas del saber apoyadas en evidencias netamente discursivas? ¿Buscaba en realidad destacar la completa libertad de la literatura

* Una versión previa de este artículo fue elaborada en el marco de la Especialización en Historia Regional del Departamento de Historia de la Universidad Nacional del Comahue, Argentina.

** UNCo – UNSAM/CONICET.

.....
en contraposición a otras disciplinas cuyos relatos debían mantenerse ceñidos a ciertos límites? Es probable que fuera este segundo propósito el que Borges persiguiera con la escritura de algunos de sus relatos.¹ Pero aún si quisiera atribuirse al escritor argentino la intención de cuestionar el vínculo de un discurso -la historiografía- con su referente -el pasado o ciertos hechos inscriptos en él-², es preciso señalar que difícilmente esa crítica habría conmovido las certezas de una disciplina que por entonces se encontraba completamente segura de su condición científica y, más importante aún, de la posibilidad de alcanzar un conocimiento verdadero sobre el pasado.

En las primeras décadas del siglo XX, la reacción contra las corrientes positivistas e historicistas se convirtió en el impulso fundamental para la consolidación de la historia como un campo de conocimiento perteneciente a la órbita de las ciencias. En particular, la presunción de la existencia de un pasado inerte respecto del cual el historiador debía limitarse a relatar los hechos “tal como ocurrieron realmente” y en un estricto orden cronológico, no pudo reponerse de las duras críticas formuladas por nuevas generaciones de historiadores que ubicaron al método como pieza central del carácter científico de la historiografía,³ al mismo tiempo que acusaban la falacia de la noción positivista de objetividad señalando la importancia del sujeto historiador en la construcción de las explicaciones sobre el pasado. Sin embargo, para algunos historiadores todo esto no bastaba para hacer de la historia una disciplina científica y, adoptando un modelo nomológico proveniente de las ciencias naturales, muchos de ellos abrazaron firmemente la convicción de que los esfuerzos debían consagrarse a la búsqueda de las causas profundas, a la inspección de las estructuras, a la construcción de series, al

¹ Un experimento similar, pero más volcado a la crítica literaria que a la investigación histórica es el que ofrece el cuento ‘*Examen de la obra de Herbert Quain*’. En un prólogo de 1941, el propio Borges argumentaba: “Desvarío laborioso y empobrecedor el de componer vastos libros; el de explayar en quinientas páginas una idea cuya perfecta exposición oral cabe en pocos minutos. Mejor procedimiento es simular que aquellos libros ya existen y ofrecer un resumen, un comentario. (...) Más razonable, más inepto, más haragán, he preferido la escritura de notas sobre libros imaginarios.”, Jorge Luis Borges, *Ficciones*, Buenos Aires, Alianza, 2006, p. 12.

² En un pasaje de *Tlön...*, Borges citaba aquella idea de Russell según la cual el planeta habría sido creado hace pocos minutos, incluido un pasado ilusorio que los hombres recuerdan como verdaderamente ocurrido. Cfr. Jorge Luis Borges, *Ficciones*, op. cit., p. 26.

³ Es el caso de Marc Bloch, quien defiende la condición científica de la historia a partir del método de dicha disciplina. En el mismo sentido, véase la obra no menos liminar de Lucien Febvre, *Combates por la historia*, Buenos Aires, Ariel, 1992. En particular, ver el ensayo “Hacia otra historia”.

.....
establecimiento de regularidades y a la identificación de leyes que gobernaban el mundo social.⁴ Cuanto más lejos se encontrara la historia de la narración, del acontecimiento, de lo particular, tanto más científico era el conocimiento obtenido de la investigación. Un paradigma al que Carlos Barros ha denominado ‘estructuralista-cuantitativista’⁵ conformaba el suelo compartido por quienes aspiraban a que el producto de sus investigaciones fuera reconocido como científico por los pares. Sin embargo, fue precisamente cuando ese paradigma había alcanzado su auge, en los años finales de la década de 1960, que la historia debió enfrentar juicios como el que lingüistas y filósofos emprendieron contra el carácter científico de dicha disciplina. En una postura más radical que cualquiera de las posibles insinuaciones de Borges comentadas más arriba, Paul Veyne afirmaba que la historiografía no era más que una “novela verdadera”,⁶ puesto que “la explicación histórica no es más que la claridad que emana de un relato suficientemente documentado.”⁷

Crisis de paradigma y giro lingüístico

¿Cómo fue posible que tal afirmación fuera enunciada justamente cuando la historia parecía encontrarse lejos como nunca antes de la narrativa y cuando las explicaciones, rigurosamente sostenidas en series estadísticas monumentales, eran consideradas en todo ajustadas a las reglas de un método científico? ¿Había permanecido la historia abrazada a una mera ilusión de producir un conocimiento verdadero sobre el pasado? ¿Acaso opiniones como las de Veyne no debían merecer mayor consideración por parte de los historiadores? Estas cuestiones abrieron una profunda y duradera polémica acerca de la historiografía en la que participaron filósofos, lingüistas, críticos literarios y, por supuesto, historiadores. Las respuestas ofrecidas ante el desafío que significó volver a

⁴ Según Roger Chartier, “se trataba de someter la disciplina histórica a los procedimientos del número y la serie (...) el historiador suponía que el mundo social ‘estaba escrito en lenguaje matemático’ y que su labor era la de poder establecer con claridad las leyes correspondientes.”, Roger Chartier, “L’Histoire entre récit et connaissance”, en *Au bord de la falaise. L’histoire entre certitudes et inquiétudes*, Paris, Éditions Albin Michel, 1998, p. 2.

⁵ Carlos Barros, “Hacia un nuevo paradigma historiográfico”, *Prohistoria*, n° 3, año III, Rosario, 1999, p. 45.

⁶ Paul Veyne, *Cómo se escribe la historia: Foucault revoluciona la historia*, Madrid, Fragua, 1984, p. 14.

⁷ Ídem, p. 69.

.....
reflexionar sobre las dimensiones epistemológicas de la historia fueron diversas. Algunos se resistieron tenazmente a las críticas filosóficas y lingüísticas lanzadas contra el conocimiento histórico, señalando que no había razón alguna para considerar que el modelo de las ciencias naturales fuera apropiado para un objeto de muy diferente condición como lo son los hombres en el tiempo.⁸ Otros aceptaron que la historiografía respondía a una estructura narrativa pero que, a fin de cuentas, la narración constituía en sí misma una forma de explicación gracias a la eficacia de las unidades ‘teleológico-retrospectivas’.⁹ No faltaron quienes afirmaron con entusiasmo la tesis de que todas las formas posibles de discurso histórico respondían en última instancia a una estructura narrativa que otorgaba inteligibilidad a los relatos.¹⁰ Otros lamentaron que la perspectiva lingüística no recibiera una mejor acogida por los historiadores y se expresaron en favor de la incorporación de aquella mirada a terrenos tradicionales como el de la historia social.¹¹ Algunos más compartían la misma opinión aunque se mostraban más prudentes a la hora de evaluar las consecuencias que aquella tendencia podría tener en el campo historiográfico,¹² mientras que otros, menos sorprendidos, entendían que era falaz hablar de retorno del relato puesto que entendían jamás se había ido y que, después de todo, los historiadores seguían ocupados con “las grandes preguntas sobre el porqué”.¹³ No es nuestra intención brindar aquí un panorama detallado acerca de aquellas discusiones, sino simplemente destacar que a partir de la problematización del discurso histórico en los últimos años de 1960, a partir de la década siguiente se libraron debates de muy amplia

⁸ Edward P. Thompson, *Miseria de la teoría*, Barcelona, Crítica, 1981.

⁹ Arthur Danto, *Historia y narración: ensayos de filosofía analítica de la historia*, Barcelona, Paidós, 1989.

¹⁰ Entre los representantes más importantes de esa tesis, se encuentran Hayden White y Paul Ricoeur, aunque desarrollando sus argumentos desde posiciones no siempre similares. Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, FCE, 1992. Paul Ricoeur, “La construcción de la trama”, en su *Tiempo y narración I*, México, Siglo XXI, 1995.

¹¹ Gareth Stedman Jones, “La postura determinista: algunos obstáculos para el desarrollo de la aproximación lingüística a la historia de los años ‘90”, *Entrepasados. Revista de historia*, n° 14, Buenos Aires, 1998. Una postura contraria es la de Roger Chartier, para quien el enfoque lingüístico, a su juicio más adecuado para el estudio de ciertos “campos” -intelectuales, sobre todo-, no resulta extensible a cualquier ámbito de la sociedad, ya que existen prácticas sociales no discursivas. Véase Roger Chartier, *Escribir las prácticas. Foucault, de Certau, Marin*, Buenos Aires, Manantial, 1996. En interesante debate alrededor de algunas de estas cuestiones en Pierre Bourdieu y otros, “Diálogo a propósito de la historia cultural”, en Eduardo Hourcade y otros, *Luz y contraluz de una historia antropológica*, Buenos Aires, Biblos, 1995.

¹² Lawrence Stone, “El resurgimiento de la narrativa: reflexiones acerca de una nueva y vieja historia”, en su *El pasado y el presente*, México, FCE, 1986.

¹³ Eric Hobsbawm, *Sobre la historia*, Barcelona, Crítica, 1998, p. 191.

.....
resonancia en el campo historiográfico, muchos de los cuales se prolongaron largamente en el tiempo.¹⁴

De acuerdo a Jacques Revel, cuando se aborda la cuestión del discurso y la práctica historiográfica, no deben confundirse los términos del problema. La crítica filosófico-lingüística que asaltó el campo historiográfico al plantear la cuestión de la narración no fue la causa sino un síntoma de la crisis del paradigma hasta entonces dominante. Para Revel, el retorno del relato “fue algo muy diferente que un retorno. (...) Puede ante todo ser comprendido como un síntoma; traduce una reacción -o más bien un conjunto de reacciones- en un estado determinado de una producción historiográfica a su vez fuertemente heterogénea, y expresa globalmente un sentimiento de insatisfacción, o de decepción, frente al proyecto de una historia científica inspirada en el modelo de las ciencias de la naturaleza.”¹⁵ Una mirada similar acerca de estas transformaciones es ofrecida por Peter Burke, para quien el auge de las perspectivas antropológicas, de las temáticas políticas y de los métodos narrativos, deben entenderse como una reacción frente al modelo cuantitativo y estructuralista de investigación que tuvo su auge en la segunda posguerra.¹⁶ Así, las críticas hacia la historiografía canónica, volcada hacia el estudio de las estructuras, las cantidades y los procesos que escapaban al control por parte de los sujetos, eran un síntoma de que se estaban desarrollando movimientos más profundos en el campo intelectual. Esas transformaciones se hicieron todavía más claras a partir de la década de 1970, a partir de la cual se afirmaría como dominante la tendencia a la multiplicación y dispersión de los objetos de estudio, como asimismo la diversificación de los préstamos teóricos y los procedimientos metodológicos aplicados en la investigación.

Algunos historiadores se mostraron profundamente alarmados frente a las consecuencias que suponían iban a traer esas mutaciones. Para François Dosse, la adopción de perspectivas antropológico-etnográficas representó un abandono de la “historia-

¹⁴ Un repaso crítico sobre las repercusiones de la crítica lingüística dentro del campo historiográfico puede hallarse en Geoff Eley, “¿El mundo es un texto? De la Historia Social a la Historia de la sociedad dos décadas después”, *Entrepasados*, nº 17, año IX, Buenos Aires, 1999.

¹⁵ Jacques Revel, “Recursos narrativos y conocimiento histórico”, en su *Un momento historiográfico. Trece ensayos de historia social*, Buenos Aires, Manantial, 2005, p. 233.

¹⁶ Peter Burke, *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales, 1929-1984*, Barcelona, Gedisa, 1996, pp. 80-92.

.....
problema” y un retorno a lo puramente descriptivo.¹⁷ Otros, menos afectos a las anteriores formas de práctica historiográfica, veían en aquellos cambios la oportunidad de avanzar en la definición de nuevos paradigmas de conocimiento para la historia.¹⁸ Los más, en cambio, se adentraron en los dominios que paulatinamente fueron consolidándose como nuevas disciplinas del universo historiográfico, tal como ocurrió con la historia intelectual, la historia cultural y los estudios de género, por sólo mencionar algunos. Pero entre todos esos nuevos campos uno se destacaba por las consecuencias que las discusiones libradas en su interior tenían para todas las formas posibles de práctica historiográfica. De esta manera, los estudios sobre el discurso histórico, sus características formales y sus posibilidades epistemológicas, se convirtieron en uno de los terrenos que más fuertes debates generaron en el ámbito historiográfico.

Que la problematización del discurso histórico fue, siguiendo a Revel, un síntoma de una crisis historiográfica más amplia y no -como equivocadamente suele suponerse- la causa de esta última, queda claro cuando se observa que aquellas cuestiones fueron simultáneamente planteadas en contextos académicos diferentes y respondiendo a muy distintas agendas analíticas. En los Estados Unidos fue la teoría literaria la que ocupó un papel protagónico en la reflexión acerca de la escritura de la historia, mientras que en el caso francés el impulso principal a esas mismas cuestiones vino dado por la filosofía.¹⁹ La simultaneidad con la que se desarrollaron esas reflexiones acerca del discurso histórico -en ambos casos los últimos años de la década de 1960 constituyeron el punto de partida-, obliga a reconocer que, a uno y otro lado del Atlántico, el cúmulo de certezas sobre el que se había edificado un cierto modelo de historiografía comenzaba a ser puesto bajo crítica.

¹⁷ François Dosse, *La historia en migajas*, Editions Alfons El Magnánim, Valencia, 1989, p. 180.

¹⁸ Carlo Ginzburg, “Huellas. Raíces de un paradigma indiciario”, en su *Tentativas*, Rosario, prohistoria, 2004.

¹⁹ Por supuesto que en los dos casos citados es posible encontrar la huella de pioneros en la temática, como es el caso, por ejemplo, de Roland Barthes. Sin embargo, los derroteros que tomaron los estudios sobre el discurso histórico en los casos norteamericano y francés, permiten reconocer diferencias bastante claras en cuanto a la influencia que la crítica literaria y la filosofía tuvieron en uno y otro caso respectivamente. Sobre estas cuestiones, un excelente panorama de la emergencia del llamado “giro lingüístico” en los Estados Unidos, véase Elías Palti, *Giro lingüístico e historia intelectual*, Bernal, UNQ, 1998, pp. 9-167. Para entender de qué modos fue planteada la cuestión del discurso en el caso francés, un panorama bastante preciso es el que permiten construir algunos ensayos de Roger Chartier, *Escribir las prácticas...*, op. cit.

.....
La amplitud y complejidad de las reflexiones que generó la cuestión del discurso nos impide trazar aquí un fino panorama acerca de las diversas posturas adoptadas por quienes intervinieron en aquellos debates que todavía hoy se muestran vigentes. Nos basta con señalar apretadamente que la irrupción del concepto de discurso en el ámbito de la historia produjo la apertura de dos grandes ejes problemáticos: de una parte, el de la importancia del discurso como fuerza configurante del mundo social, lo que para los historiadores implicaba replantear el lugar de aquél en las realidades históricas estudiadas; por otro lado, el reconocimiento de la naturaleza narrativa de toda forma de escritura de la historia, lo que derrumbó de manera definitiva la idea de un vínculo transparente entre la historiografía y el pasado representado en ese relato.²⁰ Claro que dentro de cada una de esas grandes áreas las opiniones distaban de ser homogéneas. En el primer caso, las posiciones tomadas variaron desde las más radicales, para las que el mundo podía ser considerado “un ensamble de textos, ellos mismos ensambles”,²¹ hasta las que reconocían la importancia de las prácticas discursivas en la construcción de la realidad, pero manteniendo la distinción de aquellas con las prácticas sociales de carácter no-discursivo.²² En lo que concierne al segundo de los ejes de debate anteriormente mencionados, el del problema del discurso histórico, las reflexiones estuvieron también lejos de ofrecer un cuadro homogéneo. Si bien fue estableciéndose cierto consenso en torno al carácter narrativo de la historiografía, surgieron al mismo tiempo profundas diferencias acerca de las consecuencias que debían desprenderse de dicha comprobación.

²⁰ La compleja cuestión del vínculo y la distancia entre discurso representante y objeto de la representación, ha sido abordada por varios pensadores y desde diferentes perspectivas. Entre ellas, por su cercanía con los problemas de la práctica historiográfica, cabe destacar las de Paul Ricoeur, *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*, Madrid, UAM-Arrecife, 1999, pp. 77-84. Desde otro lugar, Louis Marin ha señalado la opacidad de toda representación (y no sólo de las que la historia construye acerca del pasado). Cfr. Roger Chartier, *Escribir las prácticas...*, op. cit., pp. 83-84.

²¹ En palabras del propio Geertz, “hacer etnografía es como tratar de leer, en el sentido de interpretar un texto”, Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 2000, p. 24. Para él, “las sociedades contienen en sí mismas sus propias interpretaciones”, siendo por esa razón que “lo único que se necesita es aprender la manera de tener acceso a ellas.”, ídem, p. 372.

²² Esta postura era la defendida por Michel Foucault, Michel de Certeau y Louis Marin, entre otros. Según Roger Chartier, “se trata, para ellos, de articular la construcción discursiva del mundo social con la construcción social de los discursos. O, dicho de otro modo, de inscribir la comprensión de los diversos enunciados que modelan las realidades dentro de coacciones objetivas que, a la vez, limitan y hacen posible su enunciación.”, Roger Chartier, *Escribir las prácticas...*, op. cit., p. 8. En un ensayo sobre la obra de Foucault, Chartier apuntaba que para el filósofo francés “la práctica discursiva es pues una práctica específica, que no reduce todos los otros ‘regímenes de práctica’ a sus estrategias, sus regularidades y sus razones”, ídem, p. 28.

.....
Para algunos, se trataba de buscar las claves metahistóricas que permitieran comprender las características de cualquier forma posible de discurso histórico para mostrar, ulteriormente, que “toda historia es, primero y principal, un artefacto verbal”.²³ Otros, en cambio, se mantuvieron en guardia contra el riesgo de que el reconocimiento del carácter narrativo de la historiografía trasmutara en una postura escéptica sobre la posibilidad de construir un conocimiento verdadero de una realidad pasada y, por consiguiente, defendieron firmemente la condición científica del discurso histórico.²⁴

Es precisamente sobre este segundo eje problemático que nos interesa desarrollar el presente trabajo. La complejidad que reviste el problema del discurso histórico, el carácter de su escritura -ficcional o científico- y la relación de un relato con su referente - el de la historiografía con los hechos del pasado que lo sustentan-, hacen imposible cualquier intento de resumir en unas pocas páginas los debates gestados alrededor de estos problemas sino es incurriendo en una excesiva simplificación de dichas polémicas. De aquí que, persiguiendo un objetivo bastante más modesto, intentaremos aproximarnos a la cuestión del discurso histórico abordando un aspecto bien preciso de la misma: el de la relación entre la historiografía y la literatura. Puesto en estos términos, la definición de nuestra área de trabajo continúa siendo excesivamente amplia. Por esta razón es oportuno apuntar que de las muy diversas formas posibles de literatura sólo nos ocuparemos aquí de un tipo específico de ella, a saber, el de la novela histórica. Es por situarse en algún punto intermedio entre la literatura y la historia que hemos escogido esa forma particular de narración para ensayar algunas reflexiones acerca de las similitudes y diferencias que manifiestan los dos registros de escritura ya mencionados. Ya reconocido el carácter narrativo de la historiografía, ¿puede entenderse que ésta no constituye más que una

²³ Hayden White, “Teoría literaria y escritura de la historia”, en Cristina Godoy y María Inés Laboranti (eds.), *Historia y ficción*, Rosario, UNR, 2005. Los ensayos de Paul Ricoeur acerca del discurso histórico también pueden ser incluidos dentro de esta línea interpretativa.

²⁴ Es importante advertir, contra la orientación que tomaron algunos teóricos, que uno de los pioneros en la temática del discurso histórico como Michel de Certeau no llegó jamás a poner en duda el carácter científico de la historia. Michel de Certeau, “La operación historiográfica”, en su *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 1988. Asimismo, Roger Chartier no ha dudado en reconocer que “toda obra de historia, incluso la menos narrativa, y aun la más estructural, está siempre construida a partir de las fórmulas que gobiernan la producción de relatos”, lo que no resulta contradictorio con “la necesidad de retener las propiedades específicas del relato histórico por relación con cualquiera otra clase de relatos”, Roger Chartier, “L’Histoire entre récit et connaissance”, en su *Au bord de la falaise. L’histoire entre certitudes et inquiétudes*, Paris, Éditions Albin Michel, 1998, p. 4.

.....
“novela verdadera”, de acuerdo a la polémica expresión de Paul Veyne citada más arriba?
¿Acaso no es la historiografía una forma más de ficción, tal como ha propuesto Hayden White al señalar que se trata de una construcción que, desde sus cimientos hasta la cúspide, es por completo discursiva? ¿Reconocer el carácter narrativo de la historiografía significa que deba renunciarse a la búsqueda de un conocimiento verdadero sobre el pasado? Al cabo, ¿no hay más que una simple diferencia de estilo entre un libro de historia y una novela histórica?

Con el propósito de ensayar algunas reflexiones en torno a esos interrogantes, hemos decidido adoptar una estrategia algo diferente de las que se siguen habitualmente. La mayor parte de los análisis consagrados a la novela histórica suelen desarrollar sus consideraciones a partir de las obras de escritores de primer orden, mostrando no sólo las facultades literarias éstos sino también su capacidad para representar imaginativamente un mundo pasado. Un conjunto bastante selecto de grandes libros y grandes autores suele constituir la argamasa con la que se construyen reflexiones que pretenden, sino mostrar las virtudes de la novela histórica, cuanto menos señalar las potencialidades de un diálogo entre ese género literario y la historiografía. Claro que en las obras de Scott, Balzac y Flaubert, o más cerca en el tiempo y el espacio, Carpentier, Donoso, Fuentes y Vargas Llosa, todo aquel que pretenda demostrar la riqueza de la novela histórica como género literario y como medio de representación del pasado, encontrará sobradas evidencias. Pero, ¿bastan aquellas obras y escritores para caracterizar todo un género literario? ¿Son las virtudes de esas obras extensibles al resto de las novelas históricas? ¿Qué sucede cuando intentamos analizar las propiedades de la novela histórica a partir de obras menos conocidas y escritas por autores de mucho menor renombre?

Dos narrativas sobre Alfredo Palacios

Dos son las obras que constituyen la base desde la que intentaremos desarrollar nuestras observaciones sobre la novela histórica, procurando identificar tanto las posibilidades como las limitaciones de este género en relación al discurso histórico propiamente dicho. La primera de ellas es *Alfredo Palacios. Entre el clavel y la espada*, de Víctor García

Costa;²⁵ la segunda obra, de la autoría de Daniel Sorín, se titula *Alfredo Palacios. Un caballero socialista*.²⁶ Como resulta evidente, las dos novelas giran alrededor de la vida de aquel dirigente socialista, quien ocupó un lugar destacado en el escenario legislativo durante su muy prolongada carrera política. Esto hace forzoso que ambos relatos mantengan numerosas similitudes, en tanto que los dos conceden un lugar importante a ciertos episodios clave en la trayectoria pública de Palacios. Pero aún cuando las dos narraciones tienen como protagonista a la misma figura, exhiben diferencias sustanciales en los modos de construir sus representaciones literarias. Un ejercicio de comparación entre la novela de García Costa y la de Sorín no sólo permite identificar esos contrastes, sino que también posibilita distinguir algunas de las distintas formas que puede asumir una novela histórica.

Para comenzar veamos qué sucede con las estructuras narrativas que organizan la trama en cada una de las obras mencionadas. En lo que respecta al relato de García Costa puede notarse un marcado afán de realismo en la representación que se construye sobre el pasado del que se ocupa la obra, lo que por momentos se traduce en una clara aspiración historiográfica. Una de las mejores muestras de ello la ofrece en la extensa bibliografía que puede encontrarse en las últimas páginas del libro y, no menos importante, el detalle de las fuentes históricas -principalmente periódicos de la primera mitad del siglo XX- consultadas por el autor durante su investigación sobre la vida de Palacios y los diferentes contextos políticos en los que éste desarrolló su actividad pública. No son éstas, sin embargo, las únicas huellas de la ambición historiográfica que parece perseguir el relato de García Costa. Al respecto son bien ilustrativas las abundantes referencias a las intervenciones de Palacios en los debates desarrollados en el Congreso, que lejos de ser imaginadas por el autor son tomadas de los diarios de sesiones de aquella institución.²⁷ Así, en su representación del perfil legislativo del dirigente socialista -a lo cual el autor dedica la mayor parte de la obra-, García Costa parece responder más a la figura de un historiador que a la de un literato.

²⁵ Víctor García Costa, *Alfredo Palacios. Entre el clavel y la espada*, Buenos Aires, Planeta, 1998.

²⁶ Daniel Sorín, *Alfredo Palacios. Un caballero socialista*, Buenos Aires, Sudamericana, 2004.

²⁷ Víctor García Costa, *Alfredo Palacios...*, op. cit., pp. 112-113; pp. 120-127; pp. 129-143; pp. 148-155; pp. 158-161; pp. 165-177; pp. 185-189; pp. 203-212; pp. 217-219; pp. 228-232; pp. 239-241; pp. 243-251; pp. 261-265; p. 297.

.....

Esta marcada pretensión de realismo -característica de la novela decimonónica, al decir de Zuleta-,²⁸ determina que García Costa no se tome prácticamente ninguna licencia literaria en su representación de la vida de Palacios. Por el contrario, el autor muestra una constante preocupación por dar cuenta de los diferentes contextos en los que se desarrolló la vida política de Palacios, introduciendo a tal efecto párrafos que hacen referencia a ciertos acontecimientos relevantes que fueron contemporáneos al dirigente socialista. Varios son los pasajes del texto en los que el autor muestra su persistente preocupación por contextualizar distintos episodios de la trayectoria de Palacios. Por ejemplo, el capítulo que abre la obra, “Buenos Aires: su tiempo y su gente”, está poblado de referencias a la historia de la ciudad en las últimas décadas del siglo XIX -algunas más y otras menos útiles a una adecuada caracterización de aquel período- mediante las cuales García Costa busca exponer al lector el contexto más amplio en el que nace el protagonista de su relato. Manifiesta con fuerza desde las primeras páginas, esa inclinación por la contextualización no se encuentra menos presente en los siguientes capítulos del libro, todos los cuales incluyen alguna referencia a sucesos destacados en el orden nacional o internacional inclusive. Sin embargo, este profuso despliegue de alusiones históricas no se traduce necesariamente en un diálogo creativo entre el protagonista y el contexto. Más bien éste último adquiere en la obra de García Costa la forma de un escenario rígido sobre el que se desenvuelve la vida del personaje principal del relato, Alfredo Palacios.

El parentesco del libro de García Costa con el modelo decimonónico de novela histórica no sólo se registra en la aspiración de realismo sino también en otros elementos, como sucede con la organización de los tiempos de la narración. En efecto, la novela de García Costa sigue una secuencia cronológica y lineal, sin que el autor introduzca alteraciones en la temporalidad del relato. Quizás podría señalarse que, al menos en algunos pasajes, el orden de los tiempos se modifica en función de ciertos adelantos que efectúa el autor para resaltar el sentido de algún episodio particular. No obstante, esas intervenciones retrospectivas fortalecen la linealidad del relato al proyectar un itinerario vital de Palacios

²⁸ Ignacio Zuleta, “La escritura de la novela y la escritura de la historia: cuestiones de método en textos hispanoamericanos”, *Todo es Historia*, n° 212, Buenos Aires, 1984.

.....
que se encuentra ya anticipado en los años de su juventud. Por otra parte, la estructura temporal marcadamente lineal que exhibe el libro permite comprobar la posición dominante desde la cual es narrador desarrolla el relato, otro rasgo propio de la novela decimonónica. Volveremos sobre esto más adelante.

Visiblemente distinta se muestra la organización narrativa que Daniel Sorín da a su relato. Una de las características más relevantes de su libro es el modo en que el autor juega con distintas temporalidades, quebrando así la linealidad que suele encontrarse en las novelas históricas de corte tradicional. Mientras que el relato de García Costa se desarrolla “en paralelo” a la vida de Palacios y manteniendo siempre una rígida secuencia cronológica, la narración de Sorín discurre entre dos historias que se desenvuelven en temporalidades distintas. De una parte, la que gira en torno a la vida de Alfredo Palacios, en cuya representación el autor mantiene un orden cronológico. De la otra, la que tiene por protagonista al imaginario Washington Cruz, un detective privado que en 1965 es contratado por un enigmático sujeto interesado en comprobar el rumor de que, en su lecho de muerte, el socialista Alfredo Palacios habría solicitado la visita de un sacerdote para que le diera la extremaunción.²⁹ Estas dos historias -la de Palacios y la de su investigador Cruz- son intercaladas en la organización narrativa establecida por el autor, consiguiendo a través de tal estrategia quebrar la linealidad que suele ser característica de las novelas históricas. La alternancia entre una historia verdadera y otra imaginaria, empero, no implica que la primera sea completamente absorbida por los términos de la segunda y que la obra entera se tiña de pura ficción. No faltan en el relato de Sorín referencias a los distintos contextos históricos en los que se desenvuelve la vida de Palacios, aunque el autor no consagra a ese objetivo las extensas páginas que García Costa dedica al mismo.

La introducción de personajes ficticios es otro de los elementos que permite a Sorín construir una representación creativa de la vida de Palacios, en la medida que no busca mantener el relato limitado a hechos, personas y discursos que tuvieron real existencia.

²⁹ El episodio que da origen al relato de Sorín no es completamente imaginario. Al parecer, en su lecho de muerte, en abril de 1965, Palacios fue visitado por un capellán de aeronáutica y un brigadier, ambos vinculados a un grupo católico de derecha, que poco tiempo después declararon a la prensa haber dado la extremaunción al militante socialista. Una breve referencia al asunto en Víctor García Costa, op. cit., p. 361.

.....
Esto no significa que la obra de Sorín esté dominada por personajes imaginarios -de hecho, son numerosas las ocasiones en que el autor nos presenta a Palacios dialogando con otras figuras públicas contemporáneas a él-, sino que el lugar que éstos ocupan en el relato es visiblemente más importante que en el caso del libro de García Costa. El detective Washington Cruz, el abogado Agustín Farías -quien contrató los servicios de aquel- y Monseñor Segismundo Weber, verdadero promotor de la investigación sobre la vida religiosa de Palacios, son algunos de los personajes de ficción más importantes que intervienen en la obra de Sorín. Claro que todos ellos toman parte en la trama policial que tiene por protagonista al detective Cruz y no aparecen, en cambio, en la parte de la obra que toca distintos episodios de la vida de Palacios. Sin embargo, en esta sección también entran en escena algunos personajes imaginarios, aunque no muy numerosos. Entre algunos de ellos se encuentran una amante de Palacios, Beatriz Assunta;³⁰ el abogado y violinista Héctor Findler, obligado a afiliarse al peronismo para permanecer en la Sinfónica Nacional;³¹ y Giuseppe Pietrasanta y su hijo Mario, quienes presencian alguna de las sesiones de la Cámara de Diputados desde lo alto de la sala y prestando especial atención a las palabras del legislador socialista.³²

En la obra de García Costa, en cambio, no se advierte la presencia de personajes ficticios. Así, los márgenes de invención del autor se encuentran limitados a ciertos pasajes en los que se exponen diálogos imaginarios entre Palacios y otras figuras políticas de su tiempo.³³ De cualquier manera, en toda la extensión de la obra son bien pocas las ocasiones en que se escenifican discusiones imaginadas por el autor. El criterio de realismo impera también en este aspecto de la obra de García Costa, en tanto que los diálogos mantenidos entre los distintos personajes que intervienen en el relato están basados en -sino directamente tomados de- registros documentales como diarios de sesiones del Parlamento, actas de los congresos del PS o periódicos de la época.

Las mismas estrategias narrativas son mantenidas por García Costa a la hora de representar al personaje central de su trama, Alfredo Palacios. Nuevamente puede

³⁰ Daniel Sorín, op. cit., pp. 77-78.

³¹ Ídem, pp. 234-236.

³² Ídem, pp. 68-74.

³³ Uno de los ejemplos más extensos en Víctor García Costa, op. cit., pp. 138-139.

.....
observarse que es un imperativo de realismo el que domina la narración cuando los dichos de Palacios están por lo general tomados de algunas contribuciones y declaraciones que el socialista realizó a la prensa de su época o de sus intervenciones parlamentarias registradas en los diarios de sesiones del Congreso. Bien diferentes son los recursos que Sorín despliega en su relato, ciertamente más propios de la creación literaria. Esto puede comprobarse claramente cuando el autor procede inventando diálogos imaginarios entre Palacios y sus diferentes interlocutores, como resulta en el caso de las conversaciones mantenidas con el cura Brochero,³⁴ el obrero justicialista Antonio López,³⁵ el socialista Américo Ghioldi,³⁶ el militar golpista Eduardo Lonardi³⁷ y hasta con Juan Domingo Perón.³⁸ Pero Sorín va un poco más allá en su recreación del dirigente socialista y se atreve incluso a adentrarse en el imaginario de aquél a través de pasajes en los que el propio Palacios relata un sueño al que vuelve de manera recurrente a lo largo de su vida.³⁹

Pero todas las diferencias que aquí mencionamos sucintamente remiten en última instancia a una cuestión central que no es otra que la de las características que, en uno y otro caso, cobra el autor como organizador del relato. En el caso de García Costa puede observarse que asume una voz narrativa tradicional en la medida que organiza linealmente el tiempo y que hace saber al lector que el desarrollo final de la vida relatada es conocido por el autor de antemano. Se trata, por esto mismo, de la figura de un narrador omnisciente, cuya voz resuena a cada momento de la obra. Un lugar distinto se adjudica Sorín, sobre todo porque en su libro la construcción de sentidos se encuentra mucho más abierta a la participación del lector que en el caso del relato de García Costa. La discontinuidad de los tiempos y de las tramas que pone en práctica Sorín en su novela, es precisamente uno de los elementos que más claramente coadyuva en tal dirección, invitando al sujeto lector a convertirse en un actor significativo dentro de la obra.

³⁴ Daniel Sorín, op. cit., pp. 86-89.

³⁵ Ídem, pp. 220-228.

³⁶ Ídem, p. 260.

³⁷ Ídem, pp. 251-252.

³⁸ Ídem, pp. 223-224.

³⁹ Ídem, pp. 28-30; pp. 135-136; pp. 282-283.

.....
Hecho este repaso sobre las obras que nos ocupan, parece posible señalar que mientras el relato de García Costa primero contiene muchos de los rasgos propios de la novela decimonónica -aspiración de realismo, organización cronológica, preeminencia del sujeto narrador-, el relato de Sorín se muestra claramente emparentado con la nueva literatura hispanoamericana que se caracteriza por la “pérdida de la eminencia del narrador, protagonismo de las estructuras verbales y discursivas, decadencia del héroe ejemplar, entrecruzamiento de géneros y especies, experimentación con el régimen del tiempo y espacio narrativos, apropiación de técnicas ‘audiovisuales’, dinamismo del punto de vista, tendencia a las formas abiertas o de participación del receptor, multivocidad del hermetismo frente al lector.”⁴⁰

Claro que las estrategias narrativas desplegadas por cada uno de los autores son en verdad indisociables de los objetivos que aquellos persiguen con sus obras. Resulta evidente, en principio, que las dos novelas buscan recrear una singular figura de la historia argentina del siglo XX como fue el socialista Alfredo Palacios, no sólo por sus seis décadas de trayectoria legislativa o por los debates que planteó al interior del socialismo argentino - alrededor de la cuestión nacional, por ejemplo-, sino también por ciertos rasgos extravagantes de su personalidad, que iban desde el bisoñé que no abandonó hasta su muerte hasta su propensión a zanjar las discusiones batiéndose a duelo con sus rivales. Así, Palacios parece constituir un individuo atractivo para el género de la novela histórica porque su dilatada carrera política permite a los autores referirse a una buena parte de la historia argentina de la pasada centuria, pero además porque puede imaginárselo en cierto modo como un personaje del siglo XIX que desarrolla su existencia en el siglo XX. Los títulos de las obras que aquí hemos descrito someramente dan cuenta de cómo la figura de Palacios es aprehendida en la tensión abierta entre esos dos perfiles.⁴¹

Pero más allá del interés que los dos escritores comparten por aquel representante del socialismo argentino, parece posible reconocer diferencias significativas en cuanto a las razones que impulsan esa simpatía por Palacios y que a su vez se traducen en los

⁴⁰ Ignacio Zuleta, “La escritura...”, op. cit., p. 19.

⁴¹ Mientras que el título de la novela de García Costa se hace referencia a Palacios como una figura situada “entre el clavel y la espada”, en el libro de Sorín aquel mismo personaje es presentado como “un caballero socialista”.

.....
disímiles estilos narrativos que hemos comentado más arriba. En el caso de García Costa sus motivaciones se revelan primordialmente ligadas a la política y, más estrictamente, a lo partidario. Además de su extensa trayectoria en algunos de los diarios más destacados del país, este periodista porteño también desarrolló una importante militancia política que lo llevó a ser director de *La Vanguardia* y a desempeñarse como concejal en la ciudad de Buenos Aires, a mediados de la década de 1960 y en representación del Partido Socialista de la Argentina, de cuyos cuadros dirigentes formó parte por varias décadas. De allí que es probable pensar que a la hora de elaborar una representación literaria de la vida de Alfredo Palacios -con quien García Costa mantuvo frecuente contacto durante varios años-, la adscripción partidaria del autor constituya uno de los más fuertes estímulos. A lo largo de todo su relato, García Costa no pierde oportunidad para señalar insistentemente las virtudes del líder socialista -incorruptibilidad, compromiso con las clases trabajadoras, defensa de las instituciones democráticas, asunción de la identidad nacional, cuidado por la oratoria, etc-, en las cuales basó su entera carrera política sin que dejaran de ser fuentes de profundas diferencias con muchos otros políticos de su tiempo. Así, la imagen resultante es la de un personaje de total coherencia, sin mayores fisuras o contradicciones, y cuya entera trayectoria política se desarrolla atada de manera ineludible a los valores que abrazaba. No resulta antojadizo por esto decir que una narración de tales características guarda cierta relación con la preocupación por establecer un nuevo panteón de héroes para el socialismo argentino, sobre todo luego de la crisis que la disolución de la Unión Soviética representó, de forma más o menos directa en cada caso, para todos los miembros de aquel universo político.

En la novela de Sorín también puede encontrarse la misma inclinación a celebrar los valores que asumió Palacios durante su prolongada carrera política. De aquí que pueda afirmarse que en este caso también resulta posible encontrar cierta dimensión política que recorre la narración. Con todo, no parece ser ese el objetivo primero que persigue el libro. Sin que resulte contradictorio con esto último, puede establecerse que más bien consiste en un ejercicio literario antes que en uno de carácter político, como sí resulta claro en el caso de García Costa. En menos palabras, el texto de Sorín parece perseguir una finalidad ante todo estética, lo que se comprueba al atender a la importancia que en el mismo

.....
adquieren las diversas operaciones de ficcionalización comentadas más arriba. Esto sugiere que el estilo narrativo mantiene una estrecha relación con las intencionalidades que abriga cada autor al construir sus representaciones literarias acerca de un determinado fragmento del pasado. Si se emplean los criterios de algunos críticos literarios, puede decirse que mientras la novela de García Costa representa un relato de “historia como ficción”, en tanto que en ella “se produce una infisión de lo estatuido: la historia se narra como si se tratara de una ficción.”⁴² El de Sorín en cambio sería un ejemplo de “ficción como historia”, ya que en este caso “la ficción va reconstruyendo la historia desde otras perspectivas, es decir, desde la perspectiva del escritor.”⁴³

Pero a pesar de todas las diferencias que manifiestan, las narraciones de García Costa y de Sorín coinciden en un aspecto muy importante. En efecto, ambas incurren en un discurso fuertemente teleológico que ve en las actitudes y creencias de un joven Palacios el embrión de sus comportamientos y decisiones futuras. Ninguna de las dos novelas muestra evidencias sustanciales de una relación dialéctica entre el sujeto protagonista de la obra y los diferentes contextos en los que aquel desenvuelve sus acciones. Sucede así que la figura de Palacios es siempre representada como una y la misma, sin que sea posible identificar transformaciones que en los caracteres del personaje producirían los diversos contextos que enfrenta en el curso de su vida. De esta manera, la mismidad y singularidad de Palacios son reforzadas en la medida que es siempre éste quien deja su huella en el contexto, no sucediendo prácticamente nunca lo contrario.⁴⁴ El contexto, en todo caso, no parece ser más que un recurso ancilar de la trama, un escenario estático en el que se desenvuelven los actores.

Una vez advertidas estas cuestiones, son varias otras las que emergen. ¿Es aquel teleologismo que señalamos más arriba un rasgo propio de la novela histórica? ¿Acaso lo

⁴² Gustavo Teobaldi, “Notas sobre la ‘novela histórica’ argentina”, *Espéculo*, nº 9, año III, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1998, p. 2.

⁴³ Ídem.

⁴⁴ La única excepción, por cierto relativa, a estas observaciones la representan los pasajes que se ocupan de los años iniciales de la vida de Alfredo Palacios, donde los dos autores muestran al lector las huellas que ese contexto dejó en el joven Palacios. Sin embargo, esto no da por el suelo con nuestros planteos. Son solamente esos años formativos los que dejan ver un Palacios que, como la arcilla húmeda, es maleable a lo que sucede en la sociedad en la que vive. Pero en ninguna de las dos obras pasa mucho tiempo hasta que la personalidad del líder socialista alcanza un temple definitivo y que se mantiene inmodificado en el curso del relato.

.....
es sólo de aquellas que giran en torno a algún sujeto en particular y tanto más cuanto más prominente era el mismo? ¿Es posible, dentro de la forma de la novela histórica, construir otro tipo de relaciones entre los protagonistas y los contextos? ¿Es la novela histórica un terreno en el que reina solitario el texto, divorciado de cualquier relación compleja con el contexto del que pretende constituirse en representación? Por supuesto que no buscamos aquí responder a estos interrogantes, sino tan sólo plantearlos para ensayar algunas reflexiones sobre las diferencias que mantienen la historiografía y la literatura, más allá de la naturaleza discursiva que ambas comparten.

Cerca de la novela, lejos de la historia

El repaso de las obras brevemente comentadas en el anterior apartado nos lleva a preguntarnos acerca del estatus de la novela histórica en tanto género. Entre otros, Hayden White se planteó la cuestión en los siguientes términos: “¿estas novelas son menos verdaderas por ser ficcionales? ¿Son menos ficcionales por ser históricas?”⁴⁵ Desde su perspectiva, literatura e historia no son más que “artefactos verbales” y por lo tanto las tradicionales distinciones entre ambas se desdibujan, situando a la novela histórica en una frontera gris entre los dos campos. A mediados del siglo pasado, un razonamiento semejante no habría parecido más que una ingeniosa ocurrencia. Sin embargo, poco tiempo después de ser enunciadas, formulaciones de aquel tenor comenzaron a ganar la adhesión de un número creciente de críticos literarios, filósofos e incluso historiadores. La caída del paradigma estructuralista a la que hemos referido más atrás, junto a la crisis de la noción clásica de autor en el campo literario, generaron un terreno favorable a la expansión de tales posiciones. Claro que esto no implicó de modo alguno la desaparición definitiva de las formas narrativas tradicionales. Como lo demuestra el libro de García Costa, el modelo decimonónico de narrativa histórica, caracterizado por el lugar omnisciente del narrador y por una estructura cronológica lineal, parece estar todavía demasiado lejos de haberse extinguido.

⁴⁵ Hayden White, “Teoría literaria...”, op. cit., p. 73.

.....
Pero, ¿por qué resulta importante reflexionar acerca del lugar preciso de la novela histórica? Porque ello nos pone frente a la cuestión central en todas esta problemática, a saber, la de la adecuación de un determinado discurso, la narrativa, a su referente, la realidad histórica. Desde la perspectiva de autores como Paul Valery o Hayden White, quienes entienden que tanto la literatura como la historiografía son dos formas de ficción o dos artificios verbales, la novela histórica se ubica como una forma más de articulación del discurso narrativo con los hechos del pasado. La distinción con la historia estaría fundada exclusivamente en una específica organización de los tropos discursivos, pero no en un vínculo cualitativamente diferente entre el lenguaje narrativo y el pasado. En tanto que la atención es puesta en la estructuras narrativas o la organización de los tropos del discurso, la historiografía y la novela histórica estarían situadas en un mismo nivel epistémico, constituyendo las dos tramas ficcionales sobre los hechos del pasado.

Quizás no del todo de acuerdo con aquellas proposiciones, ciertos críticos literarios han intentado establecer alguna distinción entre los dos discursos, señalando que “la narrativa histórica vendría a ser, cuando más, la ‘productora’ de conocimiento histórico, y el relato de ficción, una ‘aplicación’ de dicho conocimiento.”⁴⁶ Sin embargo, desde esta concepción la historiografía aparece como un discurso subordinado al de la literatura, en tanto que provee a ésta última de los materiales que le permiten a la ficción histórica construir la verosimilitud de sus representaciones del pasado. Esta particular mirada, por otro lado, lleva a aceptar que los relatos de la novela histórica no siempre ni necesariamente muestran un desajuste respecto del pasado que figuran, sino que pueden apoyarse en un nutrido conjunto de referencias historiográficas e inclusive documentales que dan a la narración su carácter realista. Así, la novela histórica no siempre “falsea” los hechos del pasado. Entre los textos analizados en el segundo acápite, el de García Costa es el que mejor da cuenta de esa pretensión de realismo tan característica de los modelos narrativos decimonónicos. En ese caso, como pudo verse, aquella aspiración se mantiene tan en alto que en ningún momento el autor introduce episodios o personajes ficticios.

Sin embargo, el intento de establecer distinciones de carácter funcional entre el discurso de la historia y el de la literatura lleva a perder de vista la diferencia de naturaleza -y no

⁴⁶ Ignacio Zuleta, “La escritura...”, op. cit., p. 18

.....
de forma, jerarquía o grado- existente entre ambos registros. En efecto, antes de ubicarse en distintos niveles de un mismo orden o de ser uno recurso ancilar del otro, historia y literatura pertenecen a especies bien diferentes de discursos. Y la razón no debe buscarse en la distinta organización formal que cada uno de ellos presenta, en el modo como se despliegan los tropos del discurso o en la manera en que un tipo narrativo predomina sobre el otro. Más allá de estas observaciones provenientes de la crítica lingüística, lo importante es no perder de vista la distinción fundamental entre un discurso científico y otro que no lo es. Tanto la historiografía como la novela histórica son representaciones sobre ciertos hechos del pasado y, como se ha señalado, es equívoco suponer que la segunda tienda siempre a distorsionar aquel tiempo que recrea para el lector. Por otra parte, desde hace ya mucho tiempo la misma historiografía se ha deshecho de la idea -en todo falsa- de la transparencia del pasado y, más aún, de la posibilidad de reproducirlo con total fidelidad. Sin embargo, esta relación opaca, conflictiva, entre el discurso histórico y su referente -el pasado-, en absoluto implica un demérito de la condición científica de la historiografía. Más que por alguna relación inmediata o directa con el objeto de estudio -idea por otra parte ya desterrada en el campo en las ciencias “duras”, inclusive-⁴⁷ la condición científica de la historia responde a la observancia de un conjunto de reglas y procedimientos normados que sujetan a control los conocimientos así producidos. Tal como ha señalado Roger Chartier al comentar la obra de Michel de Certeau, “la historia es un discurso, pero un discurso cuyas determinaciones deben buscarse, no en las convenciones perpetuadas de un género literario, sino en ‘las prácticas determinadas por las instituciones técnicas de una disciplina’, diferentes según los tiempos y los lugares, articuladas por los recortes variables entre verdad y falsedad o por las definiciones contrastadas de lo que, históricamente, constituye una prueba.”⁴⁸ En otros términos, para de Certeau la ciencia consiste en “la posibilidad de establecer un conjunto de reglas que permitan controlar operaciones proporcionadas a la producción de objetos

⁴⁷ Acerca de estas cuestiones es siempre bueno volver a un clásico: Kuhn, Thomas, *La estructura de las revoluciones científicas*, México, FCE, 1971. Entre otros casos, esta línea de reflexión venía siendo ya desarrollada inclusive por algunos de los fundadores de los *Annales*. Cfr. Marc Bloch, *Introducción a la historia*, Buenos Aires, FCE, 2000.

⁴⁸ Roger Chartier, *Escribir las prácticas...*, op. cit., p. 63.

.....
determinados.”⁴⁹ Es en esta dirección que deben buscarse los criterios de distinción entre la historiografía y la novela histórica, y no simplemente en la existencia de elementos ficcionales o en la organización de tropos discursivos.⁵⁰ Como resulta claro, del reconocimiento del carácter narrativo del discurso histórico no se desprende la idea de que este último no explica sino que sólo interpreta.⁵¹ La historiografía mantiene así una distancia irreductible respecto de cualquier otra representación del pasado, que ni la menos ficcional de las novelas históricas es capaz de suprimir.

No obstante, el auge que en tiempos recientes ha cobrado la novela histórica, convirtiéndose muchos de sus títulos en éxitos editoriales que no siempre corresponden a su calidad literaria, ha reactualizado el problema de la relación entre literatura e historia. Esto obliga a llevar la cuestión más allá de los criterios que trazan una frontera entre dos disciplinas, y a situarla alrededor de las razones que permiten explicar la muy favorable recepción que la novela histórica ha tenido en el público masivo. Hemos visto que la historiografía se distingue de cualquier otra representación del pasado, en tanto se trata de un discurso controlable, sujeto a una serie de reglas e instituciones compartidas por los miembros de un campo intelectual. Al situarse fuera de esas reglas e instituciones, la novela histórica no es reconocida por los historiadores como una representación científica del pasado. Esto no significa que la novela y el relato de ficción carezcan de convenciones y normas. Sin embargo, son otras bien distintas a las de la historiografía y se diferencian nítidamente de estas últimas en tanto que no apuntan a la construcción de un conocimiento científicamente validable acerca del pasado, sino más bien a objetivos estéticos. De cualquier manera, lo que debe reconocerse es que para un extenso público lector, la novela histórica constituye un medio privilegiado para aproximarse al tiempo

⁴⁹ Ídem, p. 62.

⁵⁰ El énfasis puesto en la cuestión de los tropos discursivos y las organizaciones narrativas, ha llevado en más de una ocasión a no reconocer la diferencia de *naturaleza* existente entre los discursos de la historiografía y de la novela histórica. Así, no han faltado quienes opinaron que “la historiografía, en tanto que narración, se vale de *los mismos mecanismos* que la novela para construir un relato del pasado que únicamente se constituye en historia en y por su escritura.”, cfr. Valeria Grinberg Plá, “La novela histórica de finales del siglo XX y las nuevas corrientes historiográficas”, *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos*, nº 14, 2007. Artículo disponible en: <http://www.wooster.edu/istmo/articulos/novhis.html>.

⁵¹ Poco importa, como argumenta Hayden White, que la historia no pueda clausurar el estudio de alguna problemática, puesto que se ha visto que dentro de las llamadas ciencias “duras” las conclusiones a las que se arriba son también contingentes. Cfr. Hayden White, “Teoría literaria...”, op. cit., p. 65.

.....
pasado. ¿Cuáles son las razones que permiten comprender una aceptación tan amplia de la novela histórica?

Existen por lo menos dos órdenes de cuestiones a partir de las cuales puede entenderse el florecimiento que la novela histórica ha experimentado en las últimas décadas. Por una parte, es necesario atender a los cambios que se han producido al interior del propio campo literario, entre los que destacan la crisis de las nociones tradicionales de autor y de obra, abriendo así el terreno a nuevas formas de experimentación narrativa. Por otro lado, también es menester contemplar los papeles que juegan los agentes de la industria editorial al alimentar una cierta imagen de la novela histórica como género literario. Esto no implica, por supuesto, olvidar la importancia de los sentidos y usos que el público lector otorga a ese tipo de narrativas, como tampoco la concepción que de tales obras tienen los mismos escritores que las producen.

Comencemos por la primera serie de problemas. Ignacio Zuleta ha señalado que la novela histórica, como género de relativa especificidad, es producto de una actitud romántica hacia el pasado, según la cual éste representa “el escorzo primitivo y germinal del presente”. De allí que la novela histórica se identifique, al menos en su formato más clásico, por “poner en intriga los hechos iniciales del proceso evolutivo del cual es resultado el presente que vive el escritor.”⁵² Así, la eficacia significativa de esta forma narrativa residiría en su carácter teleológico, mediante las líneas de continuidad que establece entre el pasado y el presente, ofreciendo al lector un cierto sentido -lineal, por lo general- de la historia que se relata. De las novelas analizadas en el anterior apartado, la de García Costa es la que mejor se ajusta a ese modelo. El Palacios maduro se encuentra ya contenido en el joven Palacios, puesto que los episodios que hacen a la vida de éste último son presentados como anticipos de lo que finalmente se cristalizará en el Palacios adulto. Por otra parte, dados esos procedimientos narrativos, no es inusual que este tipo de relatos contengan una alta cuota de anacronismos. Al presentarlo según los términos del presente, esos relatos tornan al pasado en un mundo más fácilmente inteligible al lector. Más adelante veremos si los representantes de una ‘nueva’ novela

⁵² Ignacio Zuleta, “La escritura...”, op. cit., p. 18.

.....
histórica se han despojado por completo de esa estructura anacrónica de construcción de sentido.

De acuerdo a los críticos literarios, la novela histórica del siglo XX se diferenciaría de aquellos modelos canónicos, ya que el interés por representar de manera realista el pasado mudaría en una nueva actitud, consistente ahora en “la localización de pulsiones simbólicas en unos hechos que no necesitan ser explicados, sino comprendidos en su valor universal, que es lo que abre la posibilidad simbólica.”⁵³ De esta manera, esa ‘nueva’ novela se distanciaría de los modelos canónicos a partir del vínculo más libre que mantiene con los hechos del pasado en torno a los que se organiza la historicidad del relato. Pero, ¿qué otros rasgos separan al modelo decimonónico de novela y a las formas de narrativa histórica desarrolladas en el siglo XX? En la opinión de algunos, las características de este último tipo literario consisten en “la implementación de técnicas narrativas experimentales e innovativas como los monólogos interiores, el dialogismo, la parodia, la multiplicidad de los puntos de vista, la reflexión metatextual del proceso de la escritura y la intertextualidad.”⁵⁴ Para otros, como Ignacio Zuleta, a esos elementos podrían agregarse los siguientes: “pérdida de la eminencia del narrador, protagonismo de las estructuras verbales y discursivos, decadencia del héroe ejemplar, entrecruzamiento de géneros y especies, experimentación con el régimen del tiempo y espacio narrativos, apropiación de técnicas ‘audiovisuales’, dinamismo del punto de vista, tendencia a las formas abiertas o de participación del receptor, multivocidad del hermetismo frente al lector.”⁵⁵ Entre las obras analizadas en este artículo, la de Sorín es la que exhibe de manera más clara esos rasgos propios de la ‘nueva’ novela histórica.

Sin embargo, más allá de los cambios en las formas narrativas y los recursos estilísticos, cabe preguntarse si la pretensión de representar al pasado de un modo “realista” ha desaparecido en la ‘nueva’ novela histórica, tal como lo afirman muchos críticos literarios. A nuestro parecer, no es tan seguro que estas nuevas narrativas hayan renunciado a los objetivos de la novela histórica tradicional. Para esto, es necesario atender al segundo conjunto de elementos al que nos referíamos líneas más arriba, esto

⁵³ Ídem, p. 19.

⁵⁴ Valeria Grinberg Pla, “La novela histórica...”, op. cit.

⁵⁵ Ignacio Zuleta, “La escritura...”, op. cit., p. 19.

.....
es, el papel que en la definición de la novela histórica juegan los principales agentes que integran la industria editorial: editores, escritores y público.

Empecemos por los primeros. En el caso de las novelas que hemos seleccionado como materia de análisis, los editores no parecen haberse desprendido de la concepción tradicional de novela histórica. Por ejemplo, en la contratapa del libro de García Costa, los editores comentan al lector, entre otras cosas, que “este libro *es la investigación más completa sobre Alfredo Palacios realizada hasta ahora*. El autor parece contagiado por la intensidad de Palacios -a quien conoció-, y no sólo *consigue dar cuenta de casi todo un siglo de la historia de nuestro país* en la ajustada reconstrucción de las luchas de la época, sino que ha capturado magistralmente el indoblegable y apasionado espíritu de una rara avis en la política argentina.” Como puede observarse, la presentación de la editorial busca indicar al lector que al interior del libro dará con una representación “realista” del pasado.

Veamos qué sucede con el libro de Sorín, del que hemos dicho presenta claras filiaciones con las nuevas formas de novela histórica. En la contratapa, los editores señalan que “a partir de un misterio en clave policial, Daniel Sorín escribió, soberbia, una ficción política, y a la vez una indagación, de un personaje descollante de la Argentina del siglo XX. Con una prosa encendida, que contiene los ecos agudos de lo popular y la sobriedad nunca árida de los porteños de antaño, *se opone al atropello de la historia que todo lo distorsiona* y dibuja un casillero limpio, independiente, intacto de miserias y mediocridades: allí está su Alfredo Palacios.” Aquí la apuesta de los editores parece todavía más elevada que en caso anterior. El relato de ficción es presentado como superador de las constricciones -y “distorsiones” (!)- que serían propias de la historia. De esta manera, puede notarse que las dos presentaciones comparten una idea fundamental: aunque explícitamente reconocida como ficción, la novela histórica es entendida no sólo como una ventana desde la que puede observarse el pasado, sino también como un género que disputa palmo a palmo con la historiografía la capacidad de explicar los hechos del pasado.

Pero no son únicamente las firmas editoriales las que parecen abrazar la idea de que la novela histórica puede ofrecer una representación “realista” del pasado. Inclusive en la

.....
mirada de algunos críticos literarios, la novela histórica se ubicaría en un sitio muy cercano a la misma historiografía, ya que “con ella comparte tema y objetivo: la escritura de la historia.”⁵⁶ Desde esta perspectiva, la novela histórica es concebida como una forma posible de acceder al conocimiento sobre el pasado. No faltan incluso quienes destacan entre las virtudes de la novela histórica “*el interés por una aproximación a franjas de la realidad social y moral no historiadas.*”⁵⁷ De acuerdo a esta particular mirada, la novela histórica es considerada como un discurso supletorio o complementario de la historiografía. En efecto, ella se encargaría de “cubrir” aquellos aspectos que los historiadores suelen dejar desatendidos en sus interpretaciones sobre el pasado.

Por supuesto que advertir las concepciones de novela histórica que parecen interesar más a los editores no significa ignorar la diferencia existente entre los formatos más tradicionales y los más innovadores dentro del referido género. Sin embargo, en cierto modo la palabra de los editores permite aproximarse a la imagen que los lectores guardan sobre la novela histórica. En efecto, entre el público masivo todavía parecen gozar de una amplia aceptación los modelos tradicionales de narrativa, en particular aquellos que aspiran a una representación “realista” del pasado, ya sea al mostrar una historia “oculta” o revelando aspectos poco observados por la historia académica. El notable éxito editorial de títulos que relatan las vicisitudes de la vida privada de ciertas figuras históricas permite ilustrar bien el punto. Por otra parte, a nadie escapa que en estas cuestiones los editores están lejos de ser figuras inocentes. Sin embargo, las estrategias editoriales nunca son del todo ajenas a las demandas culturales del público masivo, so pena de convertirse en fracasos empresariales. Aunque es difícil demostrarlo, estas razones inducen a pensar que una gran parte del público demanda en la novela histórica más historia que literatura. Más importante aún, no es seguro que los propios escritores, inclusive aquellos que son tenidos por representantes de un nuevo tipo de narrativa histórica, se muestren por completo libres de algunos rasgos fuertes de los modelos tradicionales de dicho género. En particular, la manera de imaginar la relación del escritor con el pasado no parece haber mutado de manera significativa. En primer lugar, la construcción de sentido

⁵⁶ Valeria Grinberg Pla, “La novela histórica...”, op. cit.

⁵⁷ Ignacio Zuleta, “La escritura...”, op. cit., p. 19. Las cursivas me pertenecen.

.....
mediante el anacronismo está lejos de haber desaparecido, llegando a ser defendida en algunos casos. Para Andrés Rivera, por ejemplo, la literatura que aborda el pasado debe aspirar a reflejar el presente. Como el mismo escritor confesaba, “yo escribí pocas novelas que aluden al pasado. (...) Mi pretensión fue que hablaran de nuestro tiempo. Si pienso en *La revolución es un sueño eterno* he repetido en más de una oportunidad que Castelli es nuestro contemporáneo. Y así lo quise poner en la novela. (...) Para mí Castelli es un hombre de nuestros días, con sus desgarramientos, con sus claudicaciones y con sus firmezas.”⁵⁸ No se trata simplemente de que el pasado es interpretado a partir del presente -lugar en el que, en cierto modo, también la propia historiografía está ubicada-, sino que dentro de la novela histórica el primero es intencionadamente subordinado al segundo. Desde una concepción semejante, es difícil que un relato pueda siquiera mantenerse fiel al contexto del que dice ocuparse.

Ahora bien, ¿qué objetivos son los que llevan a estos escritores a proceder según tales recursos narrativos? Descontando las motivaciones económicas, las razones estéticas juegan sin duda un papel importante, como sucede en cualquier otro relato de ficción. Sin embargo, en el caso de la novela histórica existen también otras aspiraciones entre las cuales nos interesa aquí resaltar una en particular. Se trata de las que responden a las preocupaciones más específicamente políticas de los escritores, que es donde entendemos reside la potencia significativa de ese tipo de relatos. Aunque su producción no pueda ser ubicada estrictamente dentro de la novela histórica, un representante de la nueva narrativa latinoamericana como José María Arguedas, dejaba bien claro cuáles eran sus aspiraciones al escribir sus primeras obras: “¡describir la vida de aquellas aldeas, describirla de tal modo que su palpitación no fuera olvidada jamás, que golpeará como un río en la conciencia del lector! (...) yo quería describir, casi podía decir, denunciar!”⁵⁹ Y para cumplir con ese propósito, era necesario echar mano de todos los recursos posibles a fin de representar lo más fielmente posible la realidad que pretendía mostrarse.⁶⁰ La ‘nueva’ narrativa latinoamericana no parecía divorciarse por completo de la pretensión de

⁵⁸ Gustavo Teobaldi, “Notas...”, op. cit., p. 4.

⁵⁹ José María Arguedas, “La novela y el problema de la expresión literaria en el Perú”, *Suplementos Anthropos*, n° 31, Barcelona, 1992, p. 33.

⁶⁰ Ídem, pp. 33-34.

.....
mostrar una imagen realista de la sociedad -ya fuera presente o pasada- y de allí mismo obtenía gran parte de su fuerza simbólica.

Como ha podido comprobarse en el anterior apartado, esa motivación política se presenta de manera bastante nítida en las dos novelas analizadas aquí, en tanto que las dos apuntan a recuperar la figura de un importante dirigente del socialismo argentino. Es allí, en el campo de las aspiraciones políticas, donde entendemos que ambas novelas históricas obtienen su eficacia significativa. Sin embargo, como hemos intentado discutir, no es del todo seguro que más allá de sus diferentes formas estilísticas y recursos narrativos, los formatos más novedosos de novela histórica expresen una discontinuidad demasiado clara respecto de los más tradicionales. Esto puede comprobarse sobre todo en la forma en que se asume la relación del relato con el pasado al que se refiere, donde no faltan ejemplos en los que una ‘nueva’ novela histórica mantiene la vieja aspiración de explicar los sucesos del pasado. De todos modos, no se trata de enfocar la mirada en cómo los escritores elaboran sus representaciones literarias acerca de cierta época desvanecida. En cierto sentido, puede entenderse que la permanencia de la idea de que la novela histórica debe ofrecer una representación realista del pasado que cuenta, se debe, también, a las expectativas que sobre esos relatos albergan otros agentes del campo editorial, tales como los editores y el público en general.

Conclusiones

En el cuento con el que comenzamos este artículo, Borges brindaba una mirada frívola acerca de la erudición, narrando las investigaciones de dos escritores sobre un mundo tan imaginario como las obras que versaban sobre éste. A diferencia de creaciones literarias como *Tlön...*, la novela histórica ofrece un margen bastante más estrecho para el despliegue de la ficción. No obstante, aunque los nuevos modelos narrativos dentro de dicho género dieron un lugar cada vez más importante a la inclusión de elementos ficcionales, lo hicieron sin poner en riesgo el lugar central que en ellas continúan ocupando los hechos o personajes reales del pasado. A fin de cuentas, a ello debe la novela histórica el haber mantenido su adjetivación como un tipo específico de literatura.

.....

En lo que respecta a la historiografía, pocas dudas existen acerca de su naturaleza discursiva. Tal como fuera expuesto en la primera parte de este trabajo, más allá de la reticencia adoptada por quienes rechazaban una afirmación semejante, fue cada vez más difícil negar que la historia que escriben los historiadores está hecha de elementos discursivos, tanto los provenientes del pasado como los desplegados por el mismo sujeto investigador. Después de todo, nunca sobra recordar que la historia no es más que una representación del pasado. De hecho, podría compartirse sin mayores compromisos la postura de White, para quien la historia “se hace accesible únicamente a través del lenguaje; nuestra experiencia de la historia es indisociable de nuestro discurso.”⁶¹ Sin embargo, no existen razones sólidas por las cuales esos argumentos hagan necesario aceptar que las construcciones historiográficas son “ficciones verbales cuyos contenidos son tanto inventados como descubiertos, y cuyas formas tienen más en común con sus equivalentes literarios que científicos.”⁶² Un primate tiene cinco dedos, dos brazos y dos manos, mas no por eso debe ser confundido con un humano con el que mantiene ciertas similitudes anatómicas.

Pero en opinión de White, esas razones determinan que la historia no pueda nunca explicar sino sólo interpretar -de manera siempre provisoria y cuestionable-, los hechos del pasado de los que se ocupa.⁶³ El principal desafío que representan esas proposiciones estriba en que desdibujan las fronteras entre literatura e historiografía de un modo especialmente peligroso para esta última. Algunos, como el propio White, no parecen tener demasiados inconvenientes en admitir esto, afirmando inclusive que el discurso literario y el historiográfico “presentan mayor similitud que diferencia desde que los dos operan con el lenguaje de un modo en que cualquier distinción clara entre su forma y su contenido resulta imposible.”⁶⁴ Desde este punto de vista, la historia pertenecería al campo del discurso de ficción, en tanto que no ofrece un reflejo transparente del referente -el pasado- sino sólo una representación del mismo, hecha de lenguaje. Así, la historiografía y la novela histórica se diferenciarían solamente por constituir dos tipos

⁶¹ Hayden White, “Teoría literaria...”, op. cit., p. 57.

⁶² Hayden White, *Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*, Baltimore et Londres, The Johns Hopkins University Press, 1978, p. 82. Citado en Roger Chartier, “L’Histoire...”, op. cit., p. 11.

⁶³ Hayden White, “Teoría literaria...”, op. cit., p. 65.

⁶⁴ Ídem, p. 63.

.....
específicos de articulaciones tropológicas. Esto significaría que, aún cuando carezcan de cualquier regla metodológica precisa, las narraciones de García Costa y de Sorín que hemos analizado, serían tan válidas para aproximarse a la historia de Alfredo Palacios como cualquier otra investigación historiográfica.

Sin embargo, muchos historiadores se han mostrado en favor de mantener una clara distinción entre la literatura y la historia o, puesto en otros términos, entre la ficción y la historiografía. Una de las expresiones más claras de esta posición la ofrecen las reflexiones de Roger Chartier acerca de la construcción historiográfica. Ubicándose en la tradición abierta por Michel Foucault y Michel de Certeau entre otros, Chartier ha señalado con toda pertinencia que el reconocimiento del carácter narrativo de la historia no implica perder de vista la distinción entre los discursos y las prácticas sociales no discursivas, como tampoco el dato crucial de que el discurso histórico está siempre y necesariamente sujeto a reglas e instituciones (no convenciones) que restringen las formas y contenidos de las representaciones del pasado.⁶⁵ En la literatura, en cambio, el campo de experimentación es, sino ilimitado, al menos considerablemente más extenso y libre que en la historiografía. Inclusive historiadores que abogan por fortalecer el vínculo entre literatura e historia, como Dominick LaCapra, han reconocido con total nitidez la línea de distinción entre aquellas formas de discurso al señalar que “la novela, al contrario de la historiografía, puede inventar personajes y hechos y construir configuraciones que no están disponibles en la escritura de la historia. Cuando esta distinción fundamental entre historia y novela se desbarata, aparece el mito.”⁶⁶ Esto hace que las reglas de cada campo sean un elemento crítico y, en tal sentido, que la historiografía continúe siendo un camino bastante más confiable para aproximarse al pasado que aquel que la literatura invita a transitar. En efecto, merced a todas sus salvaguardas metodológicas, la escritura de la historia es una operación controlable y

⁶⁵ “...la comprensión histórica está construida, en efecto, en y por el relato en sí, por sus disposiciones y composiciones. (...) Sin embargo, la proposición que relaciona narración y explicación puede tener otro sentido (...) debe entenderse como una operación de conocimiento que no pertenece al orden de la retórica sino que plantea como central la posible inteligibilidad del fenómeno histórico, en su realidad borrada, a partir del cruce de sus huellas accesibles.”, Roger Chartier, “La historia o el relato verídico”, en su *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 1999, p. 75.

⁶⁶ Dominick LaCapra, “La Historia y la Novela”, en Cristina Godoy y María Inés Laboranti, op. cit., p. 109.

.....
verificable y, todavía más importante, debe serlo. Por el contrario, esto no ocurre con la literatura, que no necesita constituirse como un discurso verificable y controlable para ser validado en su propio campo. El propio Chartier ha sintetizado bien tales argumentos al expresar que la historiografía se distingue de cualquier otra representación posible del pasado en que posee “procedimientos de acreditación específicos gracias a los cuales la obra de historia muestra y garantiza su estatus de conocimiento verdadero.”⁶⁷

¿Acaso todo esto quiere decir que cualquier contacto entre literatura e historiografía debería ser combatido? Claro que no. Son numerosos los historiadores que han señalado a la literatura como una fuente permanente de inspiración, razón por la cual recomiendan mantener una amplia cultura literaria. Pero es necesario siempre estar atento a los buenos y malos usos de la literatura en la vida historiográfica. Por ejemplo, es un grave error tomar a la literatura simplemente como un recurso documental más que nos habla del pasado como cualquier otra fuente. Si se supone que ofrece una suerte de “ventana” al pasado, “la literatura deviene redundante cuando nos dice lo mismo que puede ser recogido de otras fuentes documentales.”⁶⁸ Sin embargo, más allá de la inspiración temática o de las posibles adopciones estéticas -que de ninguna manera representan aspectos irrelevantes en el trabajo del historiador-, resulta difícil imaginar otras formas a través de las cuales la literatura pueda enriquecer la labor de los historiadores. Algunos, como Dominick LaCapra, han alentado a sus pares a propiciar una relación más intensa y sistemática entre historia y literatura. Para el historiador norteamericano, “el interrogante más elocuente que la novela puede dirigir a la historiografía es si la escritura histórica contemporánea está en condiciones de aprender algo de la naturaleza autocrítica de un modo de discurso que a menudo ha intentado utilizar o explicar de manera más bien reductiva.”⁶⁹ No obstante, la propuesta no resulta lo suficientemente clara como para resultar operativa. Estas dificultades constituyen una buena muestra de que difícilmente existan otros vínculos productivos entre literatura e historia que aquellos que hacen de la primera una fuente de goce estético y de búsqueda temática -o de estilo, en algunas ocasiones- para quienes se dedican a la segunda.

⁶⁷ Roger Chartier, “L’Histoire...”, op. cit., p. 5.

⁶⁸ Dominick LaCapra, “La Historia...”, op. cit., p. 107.

⁶⁹ Idem, p. 112.

.....
Con las reflexiones hasta aquí expuestas no se pretende sugerir que el pasado sea un territorio que cabría declarar de dominio exclusivo de los historiadores y que, por consiguiente, debería vedarse el acceso a cualquier lego en la disciplina. Muy por el contrario, compartimos la idea de Natalie Zemon Davis de que el pasado de ningún modo puede ser concebido como un patrimonio exclusivo de los historiadores.⁷⁰ Antes bien, el pasado es una dimensión que pertenece a la sociedad toda, ya que las identidades y la propia vida cotidiana de cada persona están necesariamente atadas a aquél. Pero que sea una región que todos pueden visitar, no quita que en su interior algunos sean guías más experimentados y confiables que otros. Por esto, al mismo tiempo que reconocemos la imposibilidad de una apropiación corporativa del pasado por parte de los historiadores, también debemos preguntarnos acerca de las razones que nos llevan a aproximarnos a ese tiempo ya fugado a través de la historia y no de la literatura. Con todo acierto, Roger Chartier ha señalado que “el camino es forzosamente estrecho y difícil para quien quiere rechazar la reducción del trabajo en historia a una actividad literaria de simple curiosidad, libre y aleatoria.”⁷¹ Entonces, si las fronteras entre ambas disciplinas son tan lábiles como las suponen críticos como White, ¿qué tiene de especial y, sobre todo, de relevante dedicar tantos esfuerzos a la exploración de archivos, a la validación constante de las afirmaciones? ¿No sería acaso más conveniente proceder como el Borges de *Tlön...*, inventando simplemente el objeto de estudio, las fuentes documentales, los colegas de investigación, las opiniones de los críticos? O, si se prefiere una comparación menos radical, ¿por qué -y dicho esto sin demérito de los literatos- no escutar el pasado a la manera de cualquier escritor de novelas históricas?

Llegados a este punto, no podemos ocultar nuestro acuerdo con las reflexiones de Arlette Farge. Con todo acierto, la historiadora francesa ha señalado que “en historia, las vidas no son novelas, y para aquellos que escogieron el archivo como lugar desde el que se puede escribir el pasado, el reto no está en la ficción. Cómo explicar, sin fanfarronear y sin ningún desprecio hacia la novela histórica, que si hay que rendir cuentas por tantas vidas olvidadas, laminadas por los sistemas políticos o judiciales, es a través de la

⁷⁰ Natalie Zemon Davis, “¿Quién es el dueño de la historia? La historia en la profesión”, *Entrepasados*, n° 14, año VIII, Buenos Aires, 1998.

⁷¹ Roger Chartier, “L’Histoire...”, op. cit., p. 12.

.....
escritura de la historia como hay que hacerlo. (...) El prisionero de la Bastilla, cuyas singulares huellas se encuentran en el archivo, es un sujeto autónomo, al que no ha forjado ninguna imaginación; su existencia descubierta, para adquirir relieve y sentido, debe integrarse, no en una novela, sino en un relato capaz de restituirlo como sujeto de la historia...”⁷² Por supuesto, restituir a un sujeto como actor en el desarrollo de la historia no significa narrar sus andanzas de alcoba, ni dar cuenta de sus virtudes públicas y sus miserias privadas o viceversa. Más bien, de lo que se trata es de la más difícil tarea de tomar a aquel prisionero como interlocutor, como un sujeto cuya existencia se debió a condiciones históricas específicas que cabe comprender y no al acto de creación de un autor.

La historia no persigue un fin estético, aunque eventualmente pueda ofrecerlo. Su propósito se ubica, en cambio, en el compromiso con la búsqueda de la verdad, aún cuando ésta nunca pueda ser definitivamente alcanzada por los historiadores. Claro que las verdades que la historia puede ofrecer son necesariamente contingentes, como sucede en prácticamente todos los ámbitos de la vida con la probable excepción de las “verdades eternas” propias del pensamiento religioso. Sin tener la forma de una “revelación” definitiva sobre el pasado, la verdad que la historia nos permite construir tampoco es falsa, ya que “está garantizada por operaciones controlables, verificables y renovables.”⁷³ Por supuesto que no es equivocado señalar que la historiografía es un discurso. Pero esto no debe llevar a posiciones escépticas acerca de la posibilidad de alcanzar un conocimiento verdadero acerca del pasado o permutarlo por fines puramente estéticos. “Abandonar este propósito de verdad”, dice Chartier, “sería dejar el campo libre a todas las falsificaciones y a todos los falsarios que, traicionando el conocimiento, hieren la memoria. Corresponde a los historiadores, cumpliendo con su oficio, mantenerse vigilantes.”⁷⁴ Que no existan saberes definitivos ni concluyentes de ninguna manera significa que la historiografía no constituya una representación científica del pasado. Existe una diferencia de *naturaleza* entre la historiografía y la novela histórica, aún en sus versiones menos ficcionales y con mayores pretensiones de realismo. En este artículo

⁷² Arlette Farge, *La atracción del archivo*, Valencia, Editions Alfons El Magnánim, 1998, p. 61.

⁷³ Roger Chartier, “La historia o el relato verídico”, op. cit., p. 77.

⁷⁴ Roger Chartier, “L’Histoire...”, op. cit., p. 12

.....
hemos propuesto que entre la historia y la novela histórica -esto es, la literatura-, existe una distancia irreductible. Y, todavía más importante, entendemos que esa distancia debe mantenerse.